



Monseñor Carlos Horacio Ponce de León  
Tercer Obispo de San Nicolás de los Arroyos  
18 de junio de 1966 - 11 de julio de 1977

# Ponce de León

## Testimonios ante las burlas y amenazas

**Preocupación por todos,  
expuesto a burlas y amenazas.**

Un tiempo muy intenso de sufrimiento fue el vivido durante el proceso militar que se inició el 24 de marzo de 1976. Durante esa época Mons. Ponce se mostró particularmente preocupado por saber y cuidar de la vida de tantos hombres y mujeres que caían presos, los conociera o no, fuesen creyentes o no. *"En 1976 los militares se adueñaron del poder y con sus botas pisotearon los jardines de una incipiente primavera popular: el Obispo, el Padre, el Pastor, el Amigo, se ocupó de llenar por las vidas de su pueblo creyente o no. Y allá iba a las cárceles, a las comisarias. Presentaba Hábeas Corpus, recibía a familiares de detenidos"* (Juan Galeano). Siempre estuvo atento a la situación de los sacerdotes cuando eran llevados presos o cuando sus parroquias eran allanadas intempestivamente, y sin mayores trámites ni formalidades se presentaba ante las autoridades para saber de ellos. *"A algunos, después de cinco horas de espera en el cuartel para que lo atendieran, logró que se los entregaran para tenerlos en el obispado. De otros se enteró y cayó en medio del operativo de la casa parroquial. Sorprendidos, exclaman: ¡Qué hace usted aquí! Y el Obispo responde: No, qué hace usted, ¡esta es mi casa!"* (Pbro. Aníbal Pollacchi)

Su preocupación se extendía no sólo a los sacerdotes, sino a cualquier hombre que tuviera su vida en peligro por

la situación que se vivía. *"Cuando había persecución no se fijaba cuál era el credo político o religioso de las personas. Por el sólo hecho de ser un ser humano él lo ayudaba. Y creo que eso tiene un valor ecuménico muy importante"* (Cholo Budassi). *"Dio su vida por el evangelio y dio su vida por los amigos. Y aunque no fueran amigos se enteraba de que había alguna cuestión o alguien que estaba preso o metido en alguna cosa y enseguida procuraba ir a visitarlo, procuraba estar con él"* (Pbro. Heriberto Sartori).

Su presencia de pastor se imponía redimiendo las experiencias humanas límites, alcanzando consuelo allí donde ningún otro podía consolar, quebrando desconfianzas con su sencillez y su preocupación por el hombre. Rafael Restaino, un historiador de Pergamino, cuenta como, luego de ser detenido en esta ciudad, las fuerzas militares lo trasladaron a San Nicolás. Allí, en medio de una angustia y de una incertidumbre muy grande, se enteró de las visitas del obispo a los presos. *"Fui uno de los pocos, cuenta, que no le interesó entrevistarse con él pues desconfiaba de todo lo que olía a clerical"*. Sin embargo, después accedió porque consideró importante hacerle saber que estaban retirando presos políticos por la noche. Y tuvo la oportunidad de tener dos entrevistas con el obispo. *"Algunas cosas recuerdo de ellas: la atención para escuchar el testimonio, su rostro o mejor dicho su mirada que me permitió confiar, pero sobre todo la paz que sentí después de hablar con él. Desde aquel momento*

nunca más tuve dudas de decir que era creyente. Me fue sumamente fácil decir que creía en Dios porque lo sentí en forma de alivio, de paz. Esta experiencia la relaté con los compañeros y todos de alguna manera-hasta los comunistas-habían sentido algo parecido. Es que este obispo con su actitud valiente hizo entre otras que no nos sintiéramos tan solos. Nos hizo sentir que estábamos acompañados, que alguien vigilaba por nosotros. Nunca voy a olvidar a ese hombre con quien tuve sólo dos entrevistas, unos diez minutos en total; pero qué diez minutos". Ante esta actitud de entrega aflora en los testimonios la necesidad de mantener viva su memoria en un agradecimiento permanente: "Mi recuerdo de Ponce es un recuerdo de gratitud. Yo estoy vivo por él" (Cholo Budassi).

Pero también, en el deseo de alcanzar consuelo y auxilio a los que sufrían, el pastor quedaba expuesto al desprecio de los poderosos. En cierta ocasión, cuando fue a averiguar por el estado de alguna de sus causas, recibió "soberbios apóstrofes de boca de muy jóvenes jefes: Nosotros vamos a purificar la Iglesia ¿De dónde habrán aprendido esas cosas, no? (Pbro. Aníbal Pollacchi). El recuerdo del relato de otro sacerdote confirma esa actitud: "Al P. Detto le escuché este relato: durante los meses de 1976, que el P. López Molina estuvo preso, Ponce lo visitó regularmente y el P. Detto fue testigo del trato que recibía el Obispo en esas ocasiones. En una oportunidad, estando Ponce totalmente desnudo, el guardia cárcel pretendió que también se quitara el anillo. Detto intervino sin titubeos diciendo que el anillo no, porque la dignidad episcopal. El guardia no insistió" (Pbro. Marcelo Sbafo).

Las sospechas sobre la actividad que desplegaba el Obispo junto con sus sacerdotes también eran ocasión de preocupación para los militares. El Pbro. Ángel Zaragoza López, actualmente residente en Madrid, fue secuestrado el 15 de noviembre de 1975 junto al Pbro. Palomino y a dirigentes sindicales y abogados laboristas. Él cuenta que "durante el interrogatorio realizado con los ojos tapados y manos atadas le preguntaron insistentemente sobre la predicación en las misas, sobre los mensajes que Ponce de León les mandaba para que los difundieran en las parroquias, así como las actividades que les imponían realizar. Señales inequívocas de que los militares investigaban desde tiempo atrás a Monseñor para acumular datos para acusarle y finalmente asesinarle".

Y junto con los desprecios y las sospechas llegaron las amenazas. Sin duda, él era consciente de las circunstancias en las que vivía: "Regresé al país el 30 de junio de 1977 y al día siguiente fui a verlo. Después de una sempiterna tranquilizadora bienvenida, me puso al día de la situación del país, que por la distancia desconocía en detalles. Me relató sobre la cárcel de algunos sacerdotes y de las amenazas de la que eran objeto algunos obispos. De algo tenía conocimiento ya que había recibido, en Roma y por su indicación, al párroco de Ramallo, libre y desterrado después de algún tiempo en prisión" (Pbro. Ariel Busso).

Mons. Ponce da cuenta de las amenazas dirigidas a él en cartas personales dirigidas al Pbro. Roberto Amondarain. Esta conciencia del peligro no lo libró del sufrimiento y de renovar en su vida la evangélica actitud del amor al enemigo. "Sufrió por las amenazas: por carta y por teléfono. Creo que no tuvo ni odio ni rencores y que perdonó a quienes lo persiguieron" (Pbro. Aníbal Pollacchi). Esta intuición es confirmada por el mismo Obispo en su testamento espiritual: "Declaro (...) no tener enemigos, no guardar rencor ni odio a persona alguna; si ofendí a alguien pido perdón y si alguien se considerase deudor, queda perdonado".

Ante esta realidad Mons. Ponce nunca se dejó confundir y mantuvo como objetivo principal de su misión apostólica la predicación del Evangelio y no la divulgación de alguna ideología política de moda. Así lo señala en la Carta Pastoral de Cuaresma de 1972: "Conocemos la situación de nuestra Diócesis en sus parroquias, sus colegios, sus movimientos apostólicos. La conocemos en su diversidad de opiniones y pluralidad en el quehacer eclesial. No ignoramos las acusaciones politizantes ni la ubicación tercermundista de las actividades renovadoras y experiencias peligrosas por las cuales somos juzgados con frecuencia. Todo ello nos alegra porque es vida, como vida es la fidelidad al Evangelio que nos lleva a tener la serena paz de la confianza en el Señor que ilumina y nos quiere verdadera sal de la tierra y verdadera luz del mundo. Todo esto nos hace exclamar: cuánta necesidad de oración, de sacrificio, de encuentros con sacerdotes, religiosos y laicos, de todo el Pueblo de Dios para rezar juntos, para conocernos, para amarnos, para luchar juntos en la edificación del Reino".

*Editado en "Monseñor Ponce", por la Comisión Diocesana pro Informe Testimonial sobre Ponce De León San Nicolás de los Arroyos, 11 de julio de 2008  
Compilado y redactado por el Pbro. Dr. Omar César Albado. Colaboró el Pbro. Dr. José Carlos Caamaño.*

#### Datos biográficos

Nació en Navarro, provincia de Buenos Aires, el 17 de marzo de 1914. Ordenado sacerdote en 1938 fue párroco en las iglesias "El Carmen" de Villa Urquiza y de "Santa Rosa" en la Capital Federal. Consagrado obispo el 15 de agosto de 1962, fue auxiliar en el Arzobispado de Salta. Participó como Padre Conciliar en el Concilio Vaticano II. En 1966 asumió en la diócesis de San Nicolás de los Arroyos. Impulsado por el espíritu renovador del Concilio creó institutos de catequesis y la Escuela Diocesana de Asistencia Social, organizó las Semanas de Pastoral, creó nuevas parroquias y ordenó 19 sacerdotes diocesanos. Fue un permanente defensor de los derechos de los más débiles y perseguidos injustamente, murió en un accidente automovilístico provocado, que actualmente investiga la Justicia Federal en San Nicolás. Sus restos descansan en la Catedral de San Nicolás.